

Roberto Arlt: narrativa y crisis social en la Argentina de los años 30

Por Carlos Paz

Carlos Paz. Historiador

En los primeros años del siglo, un grupo de intelectuales, la mayoría de ellos descendientes de familias de la hidalguía provinciana empobrecida por las crisis económicas de fines del siglo XIX, comenzó a cuestionar ciertos rasgos del modelo liberal del 80, particularmente su cosmopolitismo y el extrañamiento del país de sus orígenes, y a proponer la necesidad imperiosa de recuperar la preexistente identidad argentina. Las miradas se volvieron hacia el interior, que aparecía como un símbolo de la tierra todavía no contaminada por la fiebre de riquezas y extranjería que se había apoderado de la ciudad- puerto y también hacia España, en un gesto de reacción a la hispanofobia liberal que desde los tiempos de Sarmiento había asociado la supuesta barbarie criolla al no menos supuesto oscurantismo español.

Ernesto Quesada, ya en 1900, le cantaba a "**nuestra raza**" en el Teatro Odeón y dos años más tarde descubría el auténtico criollismo del Martín Fierro en "El criollismo en la literatura argentina". Leopoldo Lugones denunciaba, en una conferencia del 26 de setiembre de 1903, que "*la oligarquía social y económica*" oponía "*vallas a la masa cada vez más apta, pretendiendo quitar al pueblo la única esperanza de redimirse y de llegar a la efectividad de su soberanía*" -1-, y en 1905 recuperaba la gesta popular del Norte argentino con "**La guerra gaucha**".

En 1904 el poeta y dramaturgo anarquista Alberto Ghirardo editaba una revista con un nombre impensable hasta pocos años antes para una publicación de intelectuales argentinos: **Martín Fierro**. David Peña obtenía un singular éxito editorial en 1906, al publicar las conferencias con las que había sacudido al mundillo intelectual al reivindicar a Facundo Quiroga y en 1909 celebraba ya la cuarta edición de su libro. Por su parte, Angel de Estrada con "**Redención**" (1906) y Enrique Larreta con "**La gloria de don Ramiro**" (1908) anunciaban la hispanofilia conservadora que se avecinaba. Ricardo Rojas con "**La restauración nacionalista**" (1909), Manuel Gálvez con "**el diario de Gabriel Quiroga**" (1910) y Manuel Ugarte con "**El porvenir de la América española**" (1910) confirmaron las tendencias del nuevo movimiento intelectual argentino que se prolongaría con diversa intensidad y orientación hasta mediados de la década del 20.

Todos ellos tendían, a su modo, a señalar la necesidad de hallar la esencia argentina, desaparecida bajo la inmigración y el cosmopolitismo impuestos por el modelo del '80. Al margen de las insoslayables diferencias y de ciertos arrebatos genuinamente nacionales, buena parte de estas ideas constituían un mero reflejo de las que circulaban entre algunos intelectuales de las naciones de Europa que habían sido postergadas en el reparto colonial del mundo. En los círculos cultos del Río de la Plata se leían con avidez al D'Annunzio de "**La città morta**", al Rodenbach de "**Burges la morte**", al Barrés de "**les deracinés**", al Bourget de "**Le disciple**", al Valle-Inclán de "**Jardín umbrío**" y también a los españoles Pío Baroja, Azorín y Gabriel Miró.

De este movimiento intelectual surgió una corriente francamente reaccionaria, embanderada en un nacionalismo restaurador, que no se inmutaba por la penetración del capital extranjero, pero se alarmaba por la presencia de los inmigrantes. Y no faltaron quienes predicaran la necesidad de excluirlos del reparto del producto social, de marginarlos de la verdadera Argentina, y denunciaran que las masas proletarias contaminadas por el anarquismo constituían una amenaza para el porvenir maravilloso que esperaba a la argentinidad. Lugones, con su célebre discurso de 1924 en el que proclamó la **"hora de la espada"**, haría la primera formulación seria de este pensamiento que despotricaba tanto contra la plebe gringa como contra la chusma criolla y reclamaba la restauración del patriciado fundador como única élite dirigente.

El irresistible ascenso del fascismo europeo que proclamaba el fin del individualismo liberal provocaría en la Argentina un significativo éxodo de intelectuales nativos hacia las nuevas ideas: Hugo Wast y Carlos Ibarguren abandonaron la democracia progresista; Juan Carulla, el anarquismo; Vicente Sierra, el ateísmo; y Juan P. Ramos, el liberalismo. El mismo Gálvez, ya olvidado de su fugaz paso por el anarquismo, se convertiría en un tenaz militante del nacionalismo católico.

Esta tendencia de buena parte de la intelectualidad argentina hallaría su correlato literario en la narrativa de Benito Lynch. **"Los caranchos de la Florida"** (1916), **"Ranquela"** (1918). **"Las mal calladas"** (1923), **"El inglés de los güesos"** (1924) y **"Palo verde"** (1925) propondrían sustancialmente el retorno al campo, fuente exclusiva de la identidad nacional. Pero el campo que describían y añoraban no era el del paisano analfabeto y empobrecido, sino el idealizado por la visión dorada del estanciero, en el cual la pampa aparecía como un refugio señorial y la estancia se convertía en un universo autónomo con sus valores excluyentes y específicos.

Enrique Larreta con **"Zogoibi"** (1926) y, sobre todo, Ricardo Güiraldes con **"Don Segundo Sombra"** (1926) marcarían el punto culminante de este ciclo, conocido como el de la novela del campo argentino, cuyos mejores frutos coincidieron con el auge del alvearismo.

Por aquellos mismos años, en Buenos Aires tomaba cuerpo el movimiento martinfierrista, que, a pesar de su excesivo apego por las vanguardias europeas, traía el saludable propósito de renovar la literatura nacional. Casi simultáneamente creció vigorosa una corriente de literatura social que presentaba un realismo descarnado, inédito en las letras argentinas, inspirado en buena medida en la lectura de Dostoievski, Tolstoi, Gorki y otros grandes escritores rusos.

Los nombres que recibieron ambos grupos fueron tan ilustrativos como merecidos: Florida y Boedo. Aunque el reclutamiento y la separación nunca fueron estrictos, en el primero predominaban los escritores pertenecientes o adscriptos a las clases altas, familiarizados con el ejercicio de la literatura; en el segundo militaban los escritores provenientes de los estratos más bajos de la sociedad, sin tradición en el oficio, que a los empujones se abrían paso en el mundo literario. Entre ellos aparecía en 1926 Roberto Arlt con **"El juguete rabioso"**.

Insinuando desde ya una contradicción que no lo abandonaría en el resto de su vida y que se reflejaría a lo largo de su obra: por su contenido y su forma, la novela pertenecía a Boedo; pero el padrino, la modificación del título y algunos retoques le pertenecían a Ricardo Güiraldes, figura principal de quienes se nucleaban en Florida.

Por entonces, al margen del aristocratismo y la frivolidad del alvearismo, se vivía una época de modernización de las costumbres y de cierta bonanza económica, fruto de la crisis de postguerra de los países europeos y no de una política redistributiva de la riqueza. Pero ni una cosa ni la otra se extendieron a las clases populares. Por el contrario, la falta de transformaciones de fondo en la

estructura socio-económica de la Argentina operaba silenciosamente en aquellos días en apariencia apacibles y abonaba los gérmenes de la prolongada crisis de los años 30.

En esta situación histórica escribió Arlt su primera obra, nutriéndola con su visión desesperada y pesimista de la sociedad que lo rodeaba. Y, sin proponérselo siquiera, proyectó en sus personajes las situaciones y las angustias, nada metafísicas, que torturaban a buena parte de los porteños de su tiempo: el sentirse y saberse devorados por la gran ciudad, sin posibilidades reales de emergencia dentro del sistema social; víctimas de las instituciones sociales y de la burocracia, atronados por la hipocresía y la estupidez moral del mundo cotidiano; escarnecidos por sus patrones, por sus jefes y aun por sus propios similares; incomunicados con el resto de la sociedad; despojados de sus facultades creadoras: encadenados al escepticismo y la desesperanza; condenados a una vida gris, rutinaria, de la que sólo podía liberarlos la ilusión o la magia. Pero estos hombres, cuya existencia sin rumbo retrataba Arlt con mano implacable, no eran todos los porteños, sino sólo aquellos que pertenecían a una determinada clase social: la clase media.

Hijo de una familia de inmigrantes de clase media baja, con todas sus privaciones, sus prejuicios y sus ambiciones, Arlt explicaría claramente, en una entrevista realizada en 1927, las relaciones que existían entre su vida y su literatura:

"...soy un individuo inquieto y angustiado por este permanente problema: de qué modo debe vivir el hombre para ser feliz, o mejor dicho, de qué modo debía vivir yo para ser completamente dichoso. Como uno no puede hacer de su vida un laboratorio de ensayos por falta de tiempo, dinero y cultura, desdoble de mis deseos personajes imaginarios que trato de novelar. Al novelar estos personajes comprendo si yo, Roberto Arlt, viviendo del modo A, B o C, sería o no feliz" -2-

Así, no es un exceso afirmar, sin que esto implique una correspondencia mecánica, que el mundo social que aparece en la narrativa arltiana, reflejará fundamentalmente las propias vivencias del escritor y su propia ubicación dentro de él. No extraña entonces que aparezca dividido en tres sectores excluyentes: los ricos, la pequeña burguesía y el lumpenaje, cada uno de ellos con funciones y significaciones bien diferentes.

Las clases bajas, generalmente encarnadas en criados y sirvientes, sólo registran fugaces apariciones, expresando siempre un resignado realismo y una pobreza intelectual compensada por un desarrollado sentido común. Y, en este sentido, bien puede decirse que ejercían cierta superioridad sobre los estratos medios en la ardua tarea de adecuarse al mundo en que vivían. Arlt señala claramente estas diferencias en un pasaje de **"El amor brujo"**:

"A un lacayo y a una mucama, o a un repartidor de leche y una cocinera, les resultaba menos difícil constituir un hogar socialmente respetable, que a una chiquilla respaldada por el petulante decoro de su familia burguesa y un infeliz cuyo ideal arrancaba de una base burocrática.

El lacayo o el repartidor de leche se habían confeccionado dos o tres ideas concretas respecto a la vida, así también la mucama y la cocinera, que con las dos o tres ideas maniobraban con éxito en la vida. En cambio los retoños de nuestra burguesía ríspida vivían en disconformidad. No sabían lo que ansiaban ni hacia dónde iba. Accidente que no le ocurría a la mucama ni al cocinero" -3-

La realidad cotidiana que describe Arlt en sus libros es, casi exclusivamente, la de la clase media; mientras que el mundo del lumpen o el de los ricos, de acuerdo a la función que desempeñan desde la perspectiva de los sectores medios, sólo emergerán **"como el lugar de la posible caída o el santuario inaccesible"**, donde residen los bienes más deseables y valiosos **-4-**

Arlt produjo sus mejores obras entre 1926 y 1936, en el mismo período en que Discépolo estrenó sus tangos más amargos.

En esta década publicó, además de **"El juguete rabioso"**, **"Los siete locos"** (1929), **"Los lanzallamas"** (1931), **"El amor brujo"** (1932), **"300 millones"** (1932), **"El jorobadito"** (1933), **"Agufafuertes porteñas"** (1933), **"Saverio el cruel"** (1936) y **"El fabricante de fantasmas"** (1936).

Y puede decirse, sin temor a exageraciones, que cada una de sus páginas constituye un documento dramático, vigoroso y profundo de la vida cotidiana de las clases populares en el Buenos Aires de esta época.

La crisis mundial de 1929 llegó vertiginosamente al país, por entonces gobernado por Hipólito Yrigoyen y se convertiría en el pretexto ideal de los conspiradores del '30. Ya en 1929, el Congreso Constituyente de la Federación Poligráfica Argentina declaraba: *"el país atraviesa una situación de crisis cuyas consecuencias palpa, en primer término, el proletariado de la ciudad y el campo; que dicha situación da lugar a la ofensiva del capital que se encamina a arrebatar las más caras conquistas del proletariado"* **-5-**.

Con un tinte menos ideológico, pero no menos certero y eficaz, Tita Merello popularizaba la ranchera de Canaro y Pelay. **"¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?"**, en la que se aludía a la alarmante escasez de dinero que castigaba a la gran mayoría de los argentinos. Raimundo Barcos, en otra canción de moda, decía:

"Rosalía, Rosalía/ hay que hacer economía./ El dinero se termina./ Suspendé la permanente,/ el esmalte de las uñas,/ y olvidate de la gente" **-6-**.

El cine, en los primeros años del sonoro, también tomaría como argumento la pobreza de las clases populares en **"Puerto Nuevo"** y otras películas. Pero sería Discépolo el gran poeta de la desesperanza y la miseria popular, el implacable inquisidor de la crisis ética que corroía a la vida argentina. Fundamentalmente con **"Yira, yira"** (1930), **"Qué sapa, señor?"** (1931), **"Tres esperanzas"** (1933) y **"Cambalache"** (1935) pintaría con trazos imborrables todo el dolor, el fracaso, el escepticismo y la humillación del argentino de los años 30.

El fracaso político del yrigoyenismo, gestado sordamente en las vísperas del 30 por hombres de su propio partido y por los núcleos más reaccionarios de la sociedad argentina, culminaría el 6 de setiembre de 1930 con la revolución de Uriburu. La marginación política de las mayorías nacionales asumiría después la forma del fraude desembozado, primero con la anulación de las elecciones del 5 de abril de 1931 en la provincia de Buenos Aires y más tarde con aquello que sus beneficiarios, cínicamente, denominaron fraude patriótico.

En medio de la crisis general, los representantes de la aristocracia criolla no ocultaron su desprecio por la inmigración y las clases medias. Mariano G. Bosch caracterizaba al yrigoyenismo como *"el encumbramiento de la hez de la chusma; la supremacía del analfabeto sobre el hombre instruido; de los Zaccones, Bidegain, Bard, Oyhanarte, sobre los apellidos de la tradición culta, inteligente, instruida, moral, de abolengo nacional"* **-7-**.

Benjamín Villafañe, ex gobernador de Jujuy y por entonces senador nacional, no se quedaba atrás y lamentaba que la Argentina hubiera sido gobernada desde 1916 a 1930 *"por hijos y nietos de árabes, calabreses o de los últimos detritus humanos venidos de las distintas regiones del globo"* -8-

A pesar de estos juicios, que no hacían más que expresar la política dominante, los empleados, los comerciantes y los desocupados -los hombres que describió Arlt-, jamás conseguirían evadirse del horizonte que les imponía su propia condición social. Aunque por momentos supieran que nada podían esperar de la sociedad en la cual vivían y soñaran revoluciones imposibles para destruirla. El Astrólogo se lo diría explícitamente a Hipólita:

"Yo creo en un único deber. Luchar para destruir esta sociedad implacable. El régimen capitalista en complicidad con los ateos han convertido al hombre en un monstruo escéptico, verdugo de sus semejantes por el placer de un cigarro, de una comida o de un vaso de vino. Cobarde, astuto, mezquino, lascivo, esceptico, avaro y glotón, del hombre actual debemos esperar nada" -9-

Sin embargo, cada uno de los actos de estos hombres fracasados, abrumados por el aburrimiento y la falta de expectativas, confirmaría su pertenencia a una clase sin conciencia, individualista, agobiada por su posición dentro de la sociedad: con escasas posibilidades de ascenso y perspectivas ciertas de caer en el mundo lumpen; atrapada por la ilusión de alcanzar una lejana riqueza; abrumada por la monotonía del trabajo y dominada por los valores que ajenos, que le habían sido impuestos desde afuera y a los que paradójicamente aceptaba como propios, aunque fueran el espejo inmisericorde que reflejaba sus angustias y sus frustraciones más profundas. Hipólita condensaría esta situación con una confesión directa y brutal: *"Qué me importa a mí la felicidad de los otros? Yo quiero mi felicidad. Mi felicidad. Yo. Yo, Hipólita... Qué me importan los demás si yo estaré así, siempre triste y sufriendo!"* -10-

Estos sectores humillados por la crisis política, económica y social que incubaba a la Argentina de los años 30 fueron los personajes predilectos del mundo de Arlt: hombres aplastados por una sociedad a la que no lograban comprender en su conjunto. Y de esta incompreensión nacía su confusión y su angustia. Incapaces de entender las verdaderas causas de su drama, vivían su sometimiento cotidiano como el precio de una culpa remota, con la que habían convivido desde el mismo momento en que abandonaron la fugaz pureza de la infancia.

Esta culpa existencial, presente en todos y cada uno de los actos de sus vidas, emergería entonces como la razón principal que les impedía ser socialmente eficaces. Sin embargo, ninguno se atrevería a negar su humillación cotidiana. Todo lo contrario. La asumirían con cierto fatalismo, como una consecuencia de su condición social. Aunque sin dejar de creer en su superioridad individual sobre aquellos que los humillaban con su poder, su fortuna o su desprecio. Astier, por ejemplo, al ser despedido de la Escuela Militar de Aviación encuentra un modesto alivio a su frustración en las palabras con que lo despide el coronel: *"Aquí no necesitamos personas inteligentes, sino brutos para el trabajo"* -11-

Esta contradicción entre la imagen de sí mismo que poseían y la realidad en la que estaban inmersos los llevaría a tratar de enfrentar aquellas circunstancias que ponían en evidencia su fracaso individual y social con cinismo, sarcasmo y aun mala fe. Barsut, por ejemplo, confiesa: *"A mí la verdad me importa un pepino. Me he analizado lo suficiente para comprender que soy una*

naturaleza grosera y cínica. Lo único que me interesan son las comedias. Soy capaz de representar el papel del hombre más desesperado" -12-

Su incapacidad para comprender las razones de su situación no sólo les impedía modificar el orden social que los oprimía y les negaba su humanidad, sino que los llevaba a tratar de reemplazar con compensaciones imaginarias las soluciones reales que no atinaban a encontrar. Imposibilitados de transformarse en sujetos de su propia historia, se contentaban con pasarse la vida jugando con su humillación y soñando con que algún día el azar los reuniera con la proeza que les permitiera liberarse.

Esta actitud alimentaría el profundo desgarramiento que vivían los estratos medios porteños de aquellos años, incapacitados para conciliar su personalidad auténtica con esa realidad degradada, impuesta y administrada por las minorías sociales que detentaban el poder, la riqueza y el prestigio. Y es justamente esta interiorización de su imagen social la que, en gran medida, contribuyó a desarrollar su sentimiento y su conciencia de la humillación.

Así también lo vio Oscar Masotta, hace ya unos cuantos años, en su ensayo sobre Arlt:

"La humillación en Arlt, viene de pertenecer a la clase media, una clase condenada a un cinismo pueril, al ocultamiento, a la imitación, a la mediocridad, al fingimiento, a la histeria, al miedo. Condenada a vivir como inmunda la imagen de sí que ningún mecanismo puede finalmente ocultarle. Condenada a vivir como verdaderas las normas éticas que ella no ha forjado, que la práctica le revela como falsas, que testaduramente se impone practicar" -13-

En estas circunstancias el núcleo de la vida de los empleados y comerciantes urbanos de los años 30, como el de los personajes de Arlt, sólo podía girar en torno a la posibilidad de escapar al destino que les imponía su condición social a través de un acto excepcional, definitivo, casi mágico, cuya contracara también les mostraba la otra alternativa cierta que poseían: el fracaso, que asumía las formas trágicas de una violenta caída en el mundo lumpen.

Y esta posibilidad no podía menos que producirles pánico, aterrarlos, porque significaba perder la condición de hombres según las pautas establecidas por el orden social en el que habían nacido, en el que vivían y en el cual seguramente morirían. Así, la vida de la pequeña burguesía porteña de aquella década se convirtió en un infierno cotidiano, donde las únicas certidumbres que poseía eran la imposibilidad de liberarse de la situación opresiva y la absoluta incomunicación entre sus miembros.

Este fenómeno también lo vislumbró Masotta en su libro sobre el autor de **"Los siete locos"**. Allí señaló que si hay un tema rector en la obra de Arlt es el de la imposibilidad de contacto entre los humillados:

"Arlt -que conocía a Dostoiewski- sabía muy bien que nada hay más estrecho que la relación que une el verdugo a la víctima, el humillado al que humilla. Pero sabía también que esa relación en cambio es improbable entre humillados. El que humilla se conecta inmediatamente al que es humillado y viceversa, pero todo humillado repele a quienes se humillan" -14-

El único contacto posible era esa relación dialéctica que suele establecerse entre humillados y humilladores por la cual ambos se rechazan y se necesitan a la vez, circunstancia que confirma una vez más el carácter dependiente de las relaciones sociales. Los humillados odian y aman a sus humilladores, pero desprecian profundamente a quienes comparten su misma condición social: no pueden reprimir la hostilidad que les provocan todos los que, como ellos, se resignan a soportar las humillaciones que les dispensa la realidad.

Arlt, con ese magistral desaliño de su estilo, describió ese trágico proceso vivido por la pequeña burguesía urbana: Astier, un humillado, delata al Rengo, otro humillado; Barsut abofetea a Erdosain.

Los humillados de los años 30, como los de Arlt, vivían su condición como algo inevitable, inherente a su naturaleza, y sólo se descubrían a sí mismos a través de humillaciones permanentes o de actos terribles. La Bizca vive humillada por su fealdad; Erdosain, buscando siempre un acto que le confirme su identidad social. Silvio le prende fuego a un mendigo y después traiciona al Rengo, su amigo; Erdosain asesina a la Bizca y más tarde se suicida. La vida, para ellos, no era más que un trágico encadenamiento de miserias materiales y espirituales. Necesitaban de la angustia, el sufrimiento y la humillación cotidianos para reconocerse.

Astier lo confiesa abiertamente en **"El Jugete rabioso"**: *"Era necesario que mi vida... sufriera todos los ultrajes, todas las humillaciones, todas las angustias"* -15-

Los dominaba la frustración, el escepticismo y la desesperanza. La vida cotidiana se les presentaba como una persistente confirmación de su ineptitud para afrontar los trajines de una existencia oscura, impiadosa, sin horizontes y también de su incapacidad para conciliar la realidad con sus sueños. Saverio, el humilde vendedor de manteca, sobre el final de la fase que lo precipitaría en la tragedia, lo reconocería con amargura:

"Cuando yo tenía la cabeza llena de nubes, creía que un fantasma gracioso suplía una tosca realidad. Ahora he descubierto que cien fantasmas no valen un hombre... Mi drama es haber comprendido que no sirvo ni para coronel de una farsa... No he valorado mi capacidad real, para vivir lo irreal" -16-

Nada los contenía. La familia les provocaba una desgarradora ambivalencia afectiva. Porque generalmente, sus miembros cumplían con la función de socializarlos, de forzarlos a aceptar las reglas de ese mundo aborrecible que los humillaba y los mutilaba.

Erdosain lo reconocería con amargura, en un pasaje muy emparentado con la biografía de Arlt: *"Quien comenzó este feroz trabajo de humillación fue mi padre... comprendía que los otros no hacían más que terminar lo que había comenzado mi padre"* -17-

El trabajo los agobiaba con su tedio y su remuneración escasa, con su mediocridad y su falta de perspectivas, con sus patrones y sus jefes humilladores, capaces de tapiar las ventanas que los invitaban a soñar como les ocurriría a los alborotados oficinistas de **"La isla desierta"**.

El sistema político, por su parte, no sólo había dejado de expresarlos, sino que los había decepcionado completamente con su ficción parlamentaria y su pomposa retórica que nada resolvían y sólo servían para celebrar el endiosamiento del fraude.

Saverio se lo diría francamente a uno de los jóvenes burgueses que participaban en la farsa: *"Doctor, usted es de esos ingenuos que aún creen en las ficciones democráticas parlamentarias"* -18-

No creían ni siquiera en los partidos políticos que decían impugnar al sistema capitalista:

"Si nuestros comunistas tuvieron un poco de inteligencia lo hubieran hecho... pero ni aun nada malo es posible esperar de ellos. Se la pasan escribiendo proclamas con una sintaxis ridícula y una ortografía pésima. De los socialistas no hablemos. Muchos de ellos son pequeños propietarios. Fueron socialistas cuando vinieron desnudos casi de Europa al país, y por sentimentalismo continúan siéndolo, cuando explotan a otros desgraciados que llegan más desnudos que ellos. Son pequeños propietarios, tienen hijos en la Universidad de Derecho, en la Escuela Militar y la Facultad de Medicina. Es para reírse" -19-

Tampoco esperaban nada de la gente de su clase.

"Las hijas de tenderos -reflexionaba Balder- estudian literatura futurista, en la Facultad de Filosofía y Letras, se avergüenzan de la roña de sus padres y por la mañana regañan a la criada si en la cuenta del almacén descubren diferencia de centavos. Constatamos así la aparición de una democracia (aparentemente muy brillante) que ha heredado íntegramente las raídas mezquindades del destripaterrones o criado tipo y que en su primera y segunda generación, ofrece los subtipos de los hombres de treinta años presentes: individuos insaciados, groseros, torpes, envidiosos y ansiosos de apurar los placeres que barruntan gozan los ricos." -20-

La **"colonización pedagógica"** obraba sobre ellos y les arrebatava los últimos vestigios de conciencia histórica que pudieran quedarles:

"Sociedad, escuelas, servicio militar, oficinas, periódicos y cinematógrafo, política y hembras, modelaban así un tipo de hombre de clase media, alcahuete y desalmado, ávido de pequeñas fortunas porque sabía que las grandes eran inaccesibles, especie de perro de presa que hacía deportes una vez por semana, y que afiliado a cualquier centro conservador, con presidencia de un generalito retirado, despotricaba contra los comunistas y la Rusia de los Soviets" -21-

Arlt examinó sin concesiones ni contemplaciones a la sociedad porteña de su tiempo y sus obras, aunque jamás se propusiera hacer historia social, constituyen aún hoy un insustituible testimonio de las angustias, las miserias y los sueños de los estratos populares. Nada quedó al margen de su formidable intuición creadora. El mundo social, las relaciones interpersonales, el trabajo, las costumbres, las instituciones, la vida en su compleja totalidad surge plena de significados en cada una de sus páginas.

Y si bien es cierto que su visión desesperada y pesimista de la realidad -común por otra parte a todos los argentinos de su época que sintieron en carne propia la injusticia, la pobreza y la frustración que soportaron las clases populares-, a veces sugiere la amarga conclusión de que nada puede hacer el hombre para torcer su destino, salvo refugiarse en lo imaginario, no es menos cierto que en sus últimos años algo cambió en él y lo indujo a creer que existían otros caminos. Porque la

postrera confesión que coloca en labios de Saverio no sólo es una dramática y brutal toma de conciencia, también es una invitación a la esperanza: *"Ahora he descubierto que cien fantasmas no valen un hombre"*

Notas

- 1- **Fermín Chávez**, La recuperación de la conciencia nacional, Buenos Aires, Peña Lillo. 1983. pp. 95-96.
- 2- **Raúl Larra**, Roberto Arlt, el torturado, Buenos Aires, Quetzal, 1962, p. 91.
- 3- **Roberto Arlt**, El amor brujo, Buenos Aires, Fabril Editora, 1968, p.
- 4- **Diana Guerrero**. Roberto Arlt, el habitante solitario, Buenos Aires; Granica. 1972, p. 49.
- 5- **Horacio N. Casal**, Los años 30. Buenos Aires, CEDAL, 1971, p. 10.
- 6- **Horacio N. Casal**. op. cit.. p. 12.
- 7- **Mariano G. Bosch**. Historia del Partido Radical, Buenos Aires, Ed. del autor. 1931. p. 214.
- 8- **Roberto Arlt**, "Los lanzallamas", Buenos Aires, Fabril Editora, 1968. p. 231.
- 9- **Roberto Arlt**. Los lanzallamas, p. 99.
- 10- **Roberto Arlt**, Los lanzallamas. p. 28.
- 11- **Roberto Arlt**, El juguete rabioso, Buenos Aires, CEDAI,, 1968, p. 76.
- 12- **Roberto Arlt**. Los lanzallamas. p. 231.
- 13- **Oscar Masotta**. Sexo y tracción en Roberto Arlt. Buenos Aires. Jorge Alvarez, 1965, p. 116.
- 14- **Oscar Masotta**, op. cit.. p. 31.
- 15- **Roberto Arlt**. El juguete rabioso. p. 59.
- 16- **Roberto Arlt**, Saverio el cruel, Buenos Aires, EUDEBA, 1965. pp. 59-61.
- 17- **Roberto Arlt**, Los siete locos en Novelas completas y cuentos. Buenos Aires. Fabril Editora, 1963, t. I. pp. 203-205.
- 18- **Roberto Arlt**, Saverio el cruel. p. 46.
- 19- **Roberto Arlt**, Los lanzallamas. pp. 76-77.
- 20- **Roberto Arlt**. El amor brujo, p. 80.
- 21- **Roberto Arlt**, El amor brujo. p. 82. Buenos Aires. Fabril Editora. 1963, t. I. pp. 203-205.